

EL CORAZÓN HELADO DE ALMUDENA GRANDES: EL MIEDO Y LA MEMORIA FRENTE AL PASADO RECIENTE

Marcela Crespo Buiturón
CONICET, Argentina

Resumen: Ha venido surgiendo en la literatura española de las últimas décadas una serie de relatos que intentan, con mayor o menor afán revisionista, la reinterpretación de los hechos históricos recientes, en especial, los referidos a la Guerra Civil, la crisis de Posguerra y el Exilio. Así lo atestiguan novelas como *La voz dormida* de Dulce Chacón (2002), *La Desbandá* de Luis Melero (2005), *Los años del miedo* de Juan Eslava Galán (2008) y, entre otros exponentes y haciéndose acreedora de dos importantes distinciones: el Premio al Libro del año 2007, que otorga el Gremio de Libreros en Madrid, y el Premio José Manuel Lara 2008, Almudena Grandes inicia con su novela *El corazón helado* un riesgoso y conflictivo camino de recuperación de esa memoria histórica. Este breve ejercicio pretende analizar el conflicto identitario de los hijos del exilio republicano español en la novela de Grandes.

Palabras claves: Guerra Civil Española, Exilio, Memoria Reciente

Abstract: Has been emerging in Spanish literature of the last decades a series of stories that try, with varying degrees of zeal revisionist reinterpretation of recent historical events, especially those related to the Civil War, the postwar crisis and Exile. This is demonstrated by novels like *La voz dormida* by Dulce Chacón (2002), *La desbandá* by Luis Melero (2005), *Los años del miedo* by Juan Eslava Galán (2008) and, among other representatives and getting creditor of two major awards: the Prize Book of the year 2007, awarded by the Guild of Booksellers in Madrid and José Manuel Lara Award 2008, Almudena Grandes begins with his novel *El corazón helado* a dangerous and conflicted way that historical memory retrieval. This short exercise to analyze the identity conflict of the children of Spanish Republican exile in Grandes' novel.

Keywords: Spanish Civil War, Exile, Recent Memory

*Ya hay un español que quiere
vivir y a vivir empieza,
entre una España que muere
y otra España que bosteza.*

*Españolito que vienes
al mundo te guarde Dios.*

*una de las dos Españas
ha de helarte el corazón.*

Antonio Machado, *Poesías Completas* (246).

El hielo: la historia silenciada de la España exiliada

Como la autora misma declara en la nota final de la novela, titulada “Al otro lado del hielo”, su posición es claramente favorable al bando republicano. Fuertemente documentada, la novela intenta reconstruir los avatares de los exiliados en Francia, así como su regreso al país luego de la muerte de Franco. Entre las múltiples historias que ficcionaliza, hace especial hincapié en el caso de los hijos y los nietos del Exilio, muchos de ellos nacidos en el país vecino, pero que convivirían con la España ausente cada día de sus vidas en sus hogares republicanos. Pero el costado cruel de la Historia también afectará a los que son descendientes del bando opositor, quienes deberán, ante aquellos, dar la cara por lo que han hecho no solo sus padres, sino un país entero.

Con un estilo notoriamente cinematográfico, signado por constantes *flash backs*, *flash forwards* y monólogos interiores que recuerdan voces en *off*, las historias se entretajan alternando sus dos narradores: el narrador-personaje Álvaro Carrión Otero, hijo de Julio Carrión González, comunista desertor que se pasa al bando franquista, y un narrador omnisciente, pero que enfoca los hechos desde la visión de Raquel Fernández Perea, nieta del exiliado republicano Ignacio Fernández Muñoz.

Ambos personajes, el hijo y la nieta, serán las víctimas de un antiguo enfrentamiento no resuelto entre Julio e Ignacio. El primero habría de forjar una fortuna considerable mediante negocios de orden inmobiliario propiciados por su colaboración con el régimen franquista; el segundo, se exiliaría en Francia y permanecería en ese país hasta después de la muerte de Franco. Entre ambos, una historia de odios, traiciones y celos, de la que Raquel, que termina siendo tan víctima como Álvaro, se cree con derecho a vengar.

De la reconstrucción histórica que se opera en la novela, Germán Cáseres ha comentado:

Es asombroso cómo logra enumerar copiosos datos históricos con espontánea fluidez, como si surgieran de su imaginación y no de una búsqueda documental. Entre los más interesantes aportes figura el relato de la actuación de la División Azul, formada por grupos falangistas, en el frente del

Este, durante la frustrada invasión alemana a la ex URSS; la gesta de los republicanos que combatieron contra el nazismo junto a la resistencia francesa y las aplicación de la insólita Ley de Responsabilidades Políticas (1939), que expropiaba propiedades de los republicanos para cedérselas a los seguidores del franquismo. Y no deja de remarcar con vehemencia cómo las llamadas democracias occidentales y la URSS abandonaron a los republicanos permitiendo que el dictador Francisco Franco consolidara su poder (“La traición es la ley, la única realidad a mi alcance”, se lamenta el personaje Ignacio Fernández Muñoz). (¶ 3)

A pesar del conflicto entre sus antecesores, quienes hubieran podido ser amigos de no mediar la Guerra Civil, el hijo y la nieta se enamoran. Una relación de amor-odio iniciada por aquellos continúa en ellos. ¿En qué consistiría la revancha que podría tomarse Raquel en nombre de su familia y a qué precio? ¿Qué compensación puede darle Álvaro en nombre de la suya y de toda España? Éstas parecerían ser las cuestiones que vertebran su relación, pero en el fondo, lo que subyace no es el odio, la venganza o el perdón, sino el miedo ante una memoria truncada, borrada de la Historia de España. Un miedo a saber la verdad, a enfrentarse con la responsabilidad de cada uno, que no acaba –y esto es lo más lacerante- con el final de la guerra civil, sino que continúa hasta el presente sin hallar debida respuesta.

Esta deuda pendiente que se deben todos los españoles haya su micro-representación en la historia familiar de la misma escritora, como lo ha comentado en una entrevista que le ha hecho Silvina Frieria para el periódico argentino *Página 12*:

Tengo una familia muy dividida; las dos Españas están muy bien representadas, había comunistas, socialistas, falangistas. Durante los tres años que duró la guerra no se hablaban... El padre de mi madre era militar; mi abuelo materno apoyó el golpe de Estado. Los republicanos lo detuvieron, estuvo en la cárcel Modelo, lo llevaron a un campo de prisioneros y se escapó. Volvió a Madrid como un héroe de guerra condecorado y le dieron un puesto en un ministerio. Siempre he oído contar que mi abuelo un día dejó todo, el ejército y el ministerio. El tenía un puesto muy especial en un ministerio que se llamaba Regiones Devastadas, que era donde mejores negocios se hacía en todo el régimen. En el año '42 lo dejó todo porque no podía soportar el nivel de corrupción del ministerio... Estuve años escribiendo la novela y pensando si ponía a mi abuelo o no en los agradecimientos. Porque realmente el personaje de Eugenio es un poco la historia de mi abuelo. No puse el nombre de mi abuelo porque la mitad de mi familia se iba a enfadar. (¶ 1)

Así como en el seno de muchas familias se guardan celosamente oscuros recuerdos, en el país parece suceder lo mismo. Tres generaciones de españoles se han ido transmitiendo el miedo y el silencio como *modus vivendi*. Esto ha supuesto desembocar en el consecuente olvido de los hechos, aunque no es un verdadero

olvido, sino más bien, un velo cubierto que ahora los nietos parecen querer correr, según continúa Grandes en la misma entrevista:

En el momento histórico en que esos secretos deberían haberse liquidado, en el '75, después de la muerte de Franco, no se hizo. Se optó por prolongar indefinidamente el silencio. La novela refleja la dinámica generacional que ha afectado a la memoria en España. Ha habido tres generaciones con actitudes diferentes. La primera generación optó por el silencio; la segunda generación se educó en el miedo como forma de vida. Siempre recuerdo que en el '81, con el golpe de Estado frustrado de Tejero, mi madre hizo un armario nuevo en la terraza y lo llenó de conservas porque tenía metido el pánico en la cabeza. Mi madre había nacido en el '36, no había vivido la guerra, pero la habían educado en esa especie de terror permanente a todo. Esa generación fue la que hizo la transición y eso significa que dio por zanjada una historia que no conocía. Luego la generación de los nietos, que es la mía, al principio parecía que estaba muy conforme con todo, pero cuando llegamos a los 40 años empezamos a hacer preguntas y no nos gustaron las respuestas que recibimos y fuimos los que “levantamos un poco la liebre”, como decimos nosotros. (¶ 3)

Esa generación de nietos que hoy recorren el velo es aquella que reflexiona, entre otras cosas, sobre la gran fractura que representó la época franquista en la evolución histórico-social del país. La memoria fragmentada, que ha operado una especie de escisión entre la generación de los abuelos y de los nietos: “De repente descubrí que mi abuela era más moderna que mi madre y ya no entendía nada. Con el tiempo me di cuenta de que vivía en un país en que los nietos no podíamos entender la vida de nuestros abuelos y pensé que eso era algo muy anormal”. (¶ 4), comenta Grandes.

Ese silencio que ha imperado todos estos años es deudor, según la autora, del empeño de muchos exiliados en conservar la nacionalidad española en otras tierras:

Los españoles no comprendemos hasta qué punto es importante que los exiliados españoles hayan decidido seguir siendo españoles; es un proceso que hace posible que para nosotros Machado sea un escritor español, Alberti sea un poeta español, cuando en muchísimos otros casos se perdió la relación con la tradición cultural. Me interesaba incluir a los exiliados en mi novela porque me parecía admirable esa tenacidad y ese coraje. (¶ 5)

Almudena Grandes intenta deshacer el conjuro aterrador que avasalla a la sociedad española actual -la de los nietos-, víctima de un miedo heredado, anacrónico y sin sentido que la condena a perpetuar el silencio impuesto desde el pasado reciente.

Otros hijos y nietos del exilio, fuera de España, han roto ese silencio. Es el caso, por ejemplo, de la serie de testimonios de José de la Colina¹ y de las ficciones y autobiografía de María Rosa Lojo². Ambos, así como Almudena Grandes en *El corazón helado* presentan tres formas, tres miradas, pero un mismo cuestionamiento: ¿Es posible el regreso del exilio? ¿Cómo afecta esta utopía a los hijos y nietos de los exiliados?

En principio, podría sostenerse que ninguno de los tres autores confía plenamente en la posibilidad de su consecución y los tres, asimismo, plantean una problemática que se percibe como más actual y urgente: ¿qué espacio le corresponde a los exiliados hijos en esta nueva España, si es que tal cosa existe?

La respuesta de José de la Colina es rotunda y lapidaria: No existe regreso posible.

Almudena Grandes y María Rosa Lojo parecen querer suavizar la visión lacerante de José de la Colina ofreciendo un consuelo: el rescate de la memoria de los exiliados, así como de sus hijos, no solo para darle cierto descanso a unos y a otros en su padecimiento, sino también como esperanza para las presentes y futuras generaciones que, aunque de un modo muy diverso, también parecen estar suspendidas entre dos espacios y tiempos, los de la España y la Expaña³, los de la Realidad y el Deseo.

La propuesta de Almudena Grandes tiene nombre, aunque silenciado por lo que tiene de desprestigiado, y fecha: una serie de novelas con ecos galdosianos que reconstruirán, cual episodios nacionales, la historia reciente de España, y que la escritora entregará a la editorial Tusquets en el lapso que media hasta el año 2017.

¹ Hijo de exiliados en México, José de la Colina traslada en gran medida esta experiencia a su obra ficcional, pero especialmente a una serie de ensayos aparecidos en *Letras Libres*: “Historias de pasaporte”, “La palabra exilio” y “Retrato de familia en Expaña”.

² Hija de exiliados en Argentina, María Rosa Lojo recrea la problemática del exilio en su obra en general, pero en las novelas *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste*, *La pasión de los nómades*, *Finisterre* y *Árbol de familia*, en particular. Asimismo, ha escrito una *Autobiografía de una exilia hija*.

³ Término acuñado por José de la Colina, quien juega con la asociación implícita entre España y Exilio, haciendo hincapié en la condición de “extraño”. Por una parte, alude al significado léxico de este último término: “Dicho de una persona o de una cosa: Que es ajena a la naturaleza o condición de otra de la cual forma parte” (R.A.E.), subrayando la idea de que aún siendo partícipe de una cosa (de un país), pueda considerarse ajeno al exiliado. Por otra parte, se enfatiza el prefijo “ex”, que duplica el sentido léxico acentuando la idea de privación, de estar “más allá” o “fuera” del tiempo y del espacio que enmarcan la realidad vital de todo ser humano.

La herencia galdosiana: Episodios de una guerra interminable.

Benito Pérez Galdós abrió ante los jóvenes ojos de Almudena Grandes una imagen de España hasta entonces desconocida por ella. La primera novela que leyera, fue *Tormento* y la historia de ese cura que se aprovecha de una huérfana desamparada la marcó definitivamente.

La pretensión de Grandes parece ser la de revisar el pasado reciente de la historia de su país desde una mirada que indaga en las verdades incuestionables e intenta revelar las mentiras que se han impuesto por costumbre.

Asimismo, intentar, en la medida de lo posible, arrojar luz a la extraña evolución de su país, lo cual comenta en su página web, de donde se extraen las próximas citas:

España es un país anormal en el siglo XX: fuimos los más modernos del mundo en los 30 primeros años del XX, los más antiguos en los siguientes 40 y ahora vivimos en los mundos de Yupi. De la extrema pobreza se pasó a una generación de gente sumisa que aceptaba cualquier cosa y de ahí a la borrachera de la libertad y de la opulencia económica. Ahora, la cuarta generación está pagando el precio de la desorientación", para confirmar los profundos desajustes de identidad. (¶ 4)

Insta a la reflexión y al rescate de la memoria colectiva como única vía para acceder, no solo a la verdad silenciada por el discurso hegemónico de la Historia Oficial, sino también como medio para recuperar la identidad colectiva, que ella percibe como incierta en el presente: "Mientras oficialmente se siga sin aceptar cuál ha sido la evolución histórica de este país, los españoles seguirán sin saber en qué país viven" (¶ 5).

La atormenta el desfase generacional que supone una brecha de cuarenta años desde la época de sus abuelos y la actual, lo cual implica la ruptura del concepto lineal de progreso que se ha impuesto desde la Modernidad, pero que en el caso español, no se fractura por la crisis de valores ni de relatos legitimantes, sino por el silencio y el olvido. Es frecuente que recuerde, entonces, la anécdota de la foto de Josephine Baker bailando desnuda y a su madre comentándole "tu abuela la vio bailar. Siempre acompañaban esa foto con otra de cuando ella era joven y guapa, vestida con una falda de plátanos y con dos estrellas enormes en los pezones,

que le ponía la revista" (§ 5). Anécdota que la conduce a la triste conclusión de que "aquí pasa algo raro, cómo era posible que mi abuela fuese con mi abuelo a ver bailar a una mujer desnuda a un teatro de Madrid" (§ 5).

Lo que propone, entonces, Almudena es emular el proyecto de Galdós: "Lo que crea Galdós es un modelo moral y didáctico. Es una manera de enseñar a los lectores las glorias de su país". Desde luego, con sensibles diferencias, ya que:

Yo no soy una escritora del siglo XIX, sino del siglo XX", explica. Serán novelas más cortas que *El corazón helado*, entre 300 y 400 páginas. Todas con una estructura común: tres partes de tres capítulos cada una más un epílogo. Es ficción con personajes de ficción, que se relacionan con personajes reales y que, además, actúan en marcos históricos reales. (§ 6)

Almudena Grandes cree encontrar así una manera de revertir el desconocimiento y el olvido de la historia en que se ha sumido España, y superar esa eterna permanencia en estado de transición:

En la Transición se crea una versión oficial de los hechos, que yo he procurado cambiar. Aquella generación hizo lo que tenía que hacer como pudo. Lo que me repatea es esa resistencia que tienen a no retocarla porque la hicieron ellos. 30 años después no es satisfactoria para las nuevas generaciones. (§ 7)

Para ello, propone seis "episodios nacionales", de los cuales *El corazón helado* es su antecedente y de los que ya ha presentado los dos primeros, bajo los títulos *Inés y la alegría*, novela que se ambienta en el Valle de Arán y trata sobre los hechos acaecidos en 1944 desde la voz de una mujer de veintiocho años que se pliega a la lucha guerrillera en la invasión de miles de hombres que ingresan por la frontera con intención de invadir España, y *El lector de Julio Verne*, que narra la historia del hijo de un guardia civil durante un inolvidable verano de 1947, en el que comprende que en Sierra Sur se está librando una guerra, pero para él, los enemigos de su padre no son los suyos. Comenzará, entonces, a ver con otros ojos a los guerrilleros republicanos.

La tercera entrega tratará sobre la vida de una familia víctimas de la represión: la madre encarcelada, el padre muerto y la hija mayor debiendo hacerse cargo, con apenas dieciocho años, de sus hermanos. La cuarta contará la historia de un médico republicano de treinta años que vive una red de evasión de nazis en Madrid durante los años cuarenta. La quinta, protagonizada por un médico psiquiatra de treinta y cinco años, en

Ciempozuelos, donde se encuentra con la madre de Hildegard Rodríguez, la niña prodigio republicana. Y finalmente, la última entrega versará sobre una niña de catorce años, hija de un topo.

Las historias se desarrollarán entre 1939 y 1964 y suponen la construcción de “una historia de ficción que encaja en el molde de un hecho real en el tiempo y en el espacio, un relato en el que los personajes reales de la Historia con mayúsculas interactúan con los de la historia con minúsculas”.

Éste es su aporte a la problemática del exilio.

Historia de dos vidas: radiografías de identidades fragmentadas

El corazón helado, título que reelabora los conocidos versos de Antonio Machado: “Una de las dos Españas / ha de helarte el corazón”, incluidos por el autor en la edición de 1917 (en la primera de 1912 no aparecían) de *Campos de Castilla*, se estructura en tres partes: “El corazón”, “El hielo” y “El corazón helado”, lo cual sugiere ya desde tal disposición la permanente dicotomía que azota al alma de los españoles. Por una parte, el rojo y cálido corazón, dador de vida; por otra, el azulado y frío hielo, que la quita. Su síntesis: España, el corazón helado. Extremos que, lejos de anularse, se potencian, luchan y se matan para luego resurgir en una nueva generación. Porque, como versa uno de los epígrafes de la primera parte de la novela, cuyas palabras pertenecen –significativa elección- a José Ortega y Gasset: “Lo que diferencia al hombre del animal es que el hombre es un heredero, no un mero descendiente”.

En el presente ensayo se ha considerado especialmente la primera parte de *El corazón helado*, por ser ésta la que mejor retrata la experiencia del exilio tanto protagonizado como heredado por hijos y nietos. Se aludirá, aunque circunstancialmente, a otras partes en la medida en que sea necesario para concluir alguna propuesta.

Álvaro, el hijo que afronta la culpa de los que se han quedado en España

Desde el comienzo de la novela, el frío parece ser el protagonista. Si bien la primera parte se titula, como se ha dicho, “El corazón”, largas páginas que exponen el fluir de conciencia de Álvaro Carrión Otero, solo se refieren a aquél. El frío tiene mucho que ver con el muerto que el primer narrador y su familia han ido a

despedir al cementerio: Julio Carrión González, pues representa para su familia lo que el franquismo representaría para España: será quien les hiele el corazón.

Pero ya en la primera página se hará evidente el profundo antagonismo entre Julio y quien paradójicamente más se le parece físicamente de todos sus hijos, Álvaro:

Mi padre también despreciaba el frío, y a los frioleros. Lo recordé en aquel momento, mientras el viento helado de la sierra, un poco de aire habría dicho él, me cortaba la cara con un cuchillo horizontal, afiladísimo. A principios de marzo, el sol sabe engañar, fingirse más maduro, más caliente... Qué buen día hace, habría dicho mi padre, pero yo tenía frío, el viento helado me cortaba la cara... (15)

El sol engañoso del presente narrativo –año 2005 en la historia- es diametralmente opuesto al sol de los desterrados, diría Guillén. Incapaz de calentar, finge ser algo que no es, oculta metafóricamente una verdad de hielo, mientras que el sol que recuerdan los exiliados, ese que anhelan desde lejos, construye una realidad paralela que no condice con la que encontrarán a su regreso, pero que ha sido cultivada, venerada y recreada infinitamente en sus sueños:

Ella ya conocía la importancia del sol, la luz, el azul, tenían para ellos, los españoles. Me voy a morir, Rafaela, le había dicho a su mujer su otro abuelo, Aurelio, el padre de su madre, al salir de la consulta del médico que le diagnosticó una cardiopatía grave, irreversible a medio plazo. Me voy a morir, ya lo has oído, y quiero morirme al sol. (33)

Pero Álvaro sospecha que, antes de la vida que conoció de su padre, hubo una distinta, tal vez semejante a la que recuerdan los exiliados. Una *otra* vida de *otra* España, en la que –todavía no lo sabe, pero lo aprenderá cruelmente y pagando un precio muy alto- su padre y el abuelo de la mujer de la que se enamorará, Raquel, formaban parte, y que ante sus ojos, en el entierro, aparece cual fantasma prefigurada en la figura de los vecinos de Torrelodones que han venido a despedir al *otro* Julio Carrión González, el idealista que devendría en empresario:

En algún momento, mucho antes de engendrarme, su vida empezó a divergir de la de aquellos hombres, aquellas mujeres, entre los que había crecido y que le habían sobrevivido, esos vecinos del pueblo que habían venido a su entierro como si vinieran de otro tiempo, de otro mundo, de un país antiguo que ya no existía, que yo había conocido, pero que no era capaz de recordar. (17-18)

Ese país antiguo, cercano cronológicamente, pero lejano en la memoria colectiva que la nueva España ha inventado para disimular la existencia de la memoria ancestral, le enseñará su cara pobre, pero digna, que ha quedado marginada de los discursos hegemónicos de la Historia. Lo verá paradójicamente, como todo en su país, en esos vecinos, cuya apariencia –también engañosa- no condice con sus cuentas bancarias:

Sabía que la costumbre de salir de casa sin abrigo, sin medias, sin bolso, en zapatillas, no tenía por qué estar relacionada con el saldo de sus cuentas corrientes... Lo sabía, y sin embargo vi en sus caras morenas, en sus cuerpos arbóreos, en la pana desgastada de sus pantalones... una imagen antigua de pobreza profunda, una imagen cruel de España en las rodillas desnudas de esas mujeres que apenas se protegían del frío con una chaqueta de lana que sujetaban sobre el pecho con los brazos cruzados. (18)

Puesta en abismo de la situación misma de España, Torrelodones condensa en la figura de sus vecinos esas dos historias, esas dos memorias contrapuestas. Sin embargo, resulta interesante el hecho de que en la novela, la España profunda no pueda, aunque sea voluntad de sus habitantes, ocultarse del todo.

Frente a esa imagen descarnada, pero con ciertos rasgos nobles, de la pobreza, Grandes erige su contrapartida: desde el frío lacerante que soportan esas mujeres, resistentes a cualquier adversidad, nos catapulta a otro recuerdo donde el frío adquiere connotaciones decididamente distintas:

... el padre Aizpuru, del que mi madre decía que había llevado a sus hijos por el buen camino... me había obligado a hacer gimnasia en el patio, desnudo de cintura para arriba, en las mañanas más frías del invierno.

¿Qué sois, hombres o niñas? Otra imagen de España, él llevaba la sotana cerrada hasta el último botón y yo tiritaba como un cordero... ¿Qué sois, hombres o niñas? Yo nunca contestaba con entusiasmo a esa pregunta, ¡hombres!, porque en mi cabeza solo había una idea, una frase, tres palabras, serás cabrón, Aizpuru... (19)

Una de las ideas que va cobrando cada vez mayor envergadura en la mente del lector, a medida que se va adentrando en la conciencia de Álvaro, en sus recuerdos y reflexiones, es que los supuestos ganadores de la Guerra Civil han terminado convirtiéndose igualmente en víctimas por propia voluntad, pues han quedado condenados a una vida de sacrificios sin sentido, tiránicos y castradores, que los ha hecho convivir diariamente en una sociedad hipócrita que predica justamente lo contrario de lo que realiza, que ha dividido en bandos a familias enteras, que ha condenado al olvido a esa mitad expulsada, pero que a cambio no ha otorgado más que

el enriquecimiento ilícito de unos pocos (representados ficcionalmente en la figura de Julio Carrión González) y en el sabor amargo de una victoria injusta.

Álvaro, que lleva en su misma profesión la eterna contradicción de su país: es físico teórico, sintetiza la profunda angustia de los hijos de los vencedores, su desgajamiento social, muchas veces semejante al de los exiliados, en una escena en este sentido ejemplar:

A mí no me gustan los entierros, ellos lo saben. No me gusta el gesto indiferente de los sepultureros que adoptan una expresión de condolencia artificial y previsible, tan humana, cuando su mirada se tropieza con la de los deudos. No me gusta el ruido de las palas, ni la brutalidad del ataúd rozando las paredes de la fosa, ni la silenciosa docilidad de las sogas al deslizarse, ni la liturgia de los puñados de tierra y las rosas solitarias, ni esa sintaxis pomposa, fraudulenta, de los responsos. No me gusta el ritual macabro de esa ceremonia que siempre acaba siendo tan breve, tan trivial, tan inconcebiblemente soportable, todos lo saben. Por eso estaba solo, lejos, con Mai al lado, separado de los míos y de los otros, tan lejos de los abrigo de pieles como de las chaquetas de lana... (18)

Lo que a Álvaro no le gusta, en definitiva, es la hipocresía, la farsa, el engaño colectivo. La fría condescendencia de los otros ante el dolor ajeno, ante la pérdida irreparable; la violenta forma de ocultar el cuerpo, de borrar una existencia, de volver invisible una vida; las palabras vacuas, por repetidas y por lo mismo, desoídas que suscriben y legitiman la falaz identidad del muerto; el ritual convertido en mero simulacro que cuenta, insoportablemente, con la complicidad de los deudos. Álvaro no soporta esa ambigüedad infame a la que se han abandonado no solo su familia, sino también el resto de los españoles, la incongruente convivencia de los opuestos que tironean su propia identidad y equilibrio.

Esa misma ambigüedad que define los rasgos de su madre y que lo desconcierta tanto como lo expulsa de un sentido de pertenencia:

... mi madre miraba al horizonte con sus ojos acuáticos, esa mirada azul de mujer extranjera... Las arrugas de mi madre no tenían carácter, sus ojos sí, porque parecían dulces pero sabían ser duros, y eran astutos con la ventaja de su color inocente, y al reír eran bellos, pero la cólera los iluminaba desde dentro con una luz más pura, aún más azul. (21)

El frío azul de su mirada, su piel blanca, sus cabellos rubios, sus rasgos exóticos, heredados por todos sus hermanos, menos por él, que se parecía físicamente a su padre, todos aquellos rasgos que debieran

contenerlo, lo expulsaban del núcleo: “Gitano, gitanito, me llamaban mis hermanos...” (21) O lo acercaban peligrosamente a quien menos quería parecerse:

... como si viniera de otro planeta, tan parecido a mi padre, sin embargo. Cuatro años después de que naciera Julio, cinco años antes de que naciera Clara, aparecí yo, con el pelo negro, y los ojos negros, y la piel oscura, y los hombros anchos, y las piernas peludas, y las manos grandes, y el vientre liso, Carrión perdido, más bajo que mis hermanos, apenas tan alto como mis hermanas, diferente. (21)

Carrión perdido... Precisamente, el ser un Carrión lo perderá, porque deberá hacerse cargo de las culpas de su padre frente a Raquel y su familia, porque deberá enfrentarse con la cara oculta de esa otra España que intuye, pero desconoce, sin ningún arma posible. Nadie está preparado para plantarse ante lo desconocido desde su posición de víctima responsable. Pero Álvaro, sin saber bien por qué, vive escrutando los rostros ajenos en busca de esa otra mitad olvidada, de esa otra historia negada, porque él mismo no se siente parte de la que los demás le han querido contar:

Por eso me impresionó tanto verlos allí [a los vecinos de Torreldones], agrupados a un lado de la fosa, sin mezclarse con la otra mitad del duelo, estudiando a la viuda, a los hijos de Julito Carrión con la misma neutral sagacidad que yo invertía en sus rostros, en sus gestos. Si no me hubiera fijado en ellos, si no hubiera aceptado el desafío pacífico de sus rodillas desnudas y sus chaquetas de lana, quizás no habría llegado a ver nada después. (22)

De esta imagen se desprenden, al menos, dos observaciones posibles: La España escindida por la muerte, simbólicamente dibujada en las dos mitades a cada lado de la fosa, y el preanuncio de la luz de la verdad que penetrará en sus ojos oscuros.

Desde esta imagen grabada en la conciencia del lector, Grandes introduce a su otra protagonista -¿o habría que decir antagonista?- en escena: Raquel Fernández Perea. Álvaro será el único que la *vea*, que note su presencia en el entierro:

Parecía llegar de otro lugar y dirigirse a un sitio muy distinto... Se quedó a mi altura, tan lejos de las chaquetas de lana como de los abrigos de pieles, como si no pretendiera tanto ver como dejarse mirar, consciente tal vez o quizás no, en absoluto, de que yo era su único testigo, el único que podía mirarla, que recordaría haberla visto después. (24-25)

Ajena y participante al mismo tiempo, al menos como observadora de la ceremonia, Raquel se posiciona desde el comienzo en un espacio más cercano al de Álvaro e igualmente distante de esas dos mitades en que se divide España. Algo hace sospechar que su sentido de pertenencia es igualmente conflictivo del de Carrión. Solo él puede *verla*. Y ella está allí justamente para eso, para que Álvaro pueda recordarla.

La mirada y la memoria aparecen indisolublemente ligadas desde este momento. El hijo de Julio Carrión González y la nieta de Ignacio Fernández Perea parecen estar predestinados a cumplir una misión: reconstruir y restituir la memoria borrada de sus propias familias y de las generaciones desorientadas a las que pertenecen. Y será la reacción de la madre de Álvaro, Angélica, la que preanuncie la tormenta que se desatará a partir de ese encuentro:

Ella había estado allí y nos había mirado como si nos conociera, como si quisiera reconocernos, y al mirarla, yo había descubierto un rasgo familiar en su perfil, un destello borroso, huidizo, que no había sido capaz de atrapar al mirarla de frente, como no fui capaz de capturar del todo la naturaleza de la luz que iluminó con un color más puro, aún más azul, los ojos de mi madre... (28)

Los rasgos familiares que percibe Álvaro son la primera reminiscencia: ellos ya se han conocido, muchos años antes, en la casa de Julio Carrión, cuando Ignacio Fernández, tras regresar del exilio, le hace una misteriosa visita acompañado por su nieta.

El triángulo de miradas: la de Raquel, la de Álvaro y la de Angélica denuncian el conflicto. La primera viene desde otro lugar (el exilio) a recordar su existencia a las nuevas generaciones de españoles (representadas por Álvaro y sus hermanos), ante la fría desaprobación de aquellos que han participado –pasiva o activamente– de la expulsión de los republicanos (Angélica) y de su posterior olvido. Esa luz azul en la mirada materna, que él no se explica del todo en ese momento, dialoga con la anterior alusión a la misma (cita de la página 21: “... la cólera los iluminaba desde dentro con una luz más pura, aún más azul...”), y será el principal frente de resistencia de una España que ya no podrá ocultar el pasado.

Tras la mirada de su mujer, resuena la cancioncilla que cantaba Julio Carrión a sus hijos, camino a Torrelodones: “... ahora que vamos despacio vamos a contar mentiras, tralalá...” (16)

Raquel, la nieta que nace en el exilio y clama venganza

Raquel compendia en su personaje todos los rasgos prototípicos del hijo del exilio. Nacida en Francia en el seno de una familia republicana desterrada, convive diariamente con los dos mundos: el que ha quedado atrás, pero es evocado constantemente por sus padres y el de la tierra de acogida.

Uno de los factores más acuciantes que denuncia esa dualidad es el idioma y es precisamente lo primero que destaca Raquel de la realidad del exilio heredado:

A ella le gustaba mucho aquella casa, le gustó desde que la vio por primera vez, vacía y recién pintada, con un cartel azul y amarillo, se vende, colgado en un balcón desolado, polvoriento, incapaz de prever el esplendor de su futuro. Mira, mamá, dijo cuando terminó de leer esas seis sílabas que aún se le resistían, porque ella había aprendido a hablar en español, pero le habían enseñado a leer en francés... (31)

El mismo idioma que se hace cómplice del sentimiento y que altera el orden y el sentido lógico del discurso:

Raquel, que nació en 1969 y se crió escuchando conversaciones fabricadas con todos los tiempos, modos y perífrasis posibles del verbo volver, nunca preguntó por qué. Las cosas eran así, simplemente. Los franceses se mudaban, se iban o se quedaban. Los españoles no. Los españoles volvían o no volvían... (33)

Esta omnipresencia del verbo “volver”, la mayor utopía del exiliado, se convierte en la vida de los hijos en una paradoja insalvable: ¿A dónde van a volver ellos, si no se han ido de ninguna parte? Para los padres, el lugar de nacimiento o lo que rece en el documento, no tienen ningún valor ni se corresponden con la identidad verdadera. Solo el sentimiento, que emerge de la sangre y la memoria, trazan los destinos de su pueblo.

En este sentido, el verbo “volver” es siempre unidireccional: Se vuelve solo a España. Cuando Raquel y sus padres van de vacaciones, a visitar a los otros abuelos (los maternos, los que sí “han vuelto”), y regresan a París junto a los abuelos paternos, evitan usar ese verbo permitido solo en una dirección: la contraria a la lógica, porque ellos sí que “vuelven” a donde han nacido.

Convocando el mismo poder casi mágico de las palabras, los ritos, repetidos infinitamente y así preservados del olvido, reafirman la permanencia y legitimidad de la cultura:

Los españoles volvían o no volvían, igual que hablaban un idioma distinto, y cantaban canciones distintas, y celebraban fiestas distintas, y comían uvas en Nochevieja, con lo que cuesta encontrarlas, se quejaba la abuela Anita, y lo carísimas que están, qué barbaridad... (33)

Cobra protagonismo, entonces, la diferencia que, para la integración de los exiliados en el nuevo país de acogida, resulta un factor del todo negativo, pero para la supervivencia de la memoria y de la identidad es decididamente imprescindible. La misma diferencia que los padres alimentan y los hijos padecen, que los padres celebran y los hijos rechazan es la que se ve amenazada con el paso del tiempo, cuando en la familia hay más miembros nacidos en el país de acogida que en el de origen:

... el menú alternativo que cada año pesaba más, porque cada año había más franceses y menos españoles en la fiesta anual de los abuelos... Raquel era pequeña, pero se daba cuenta. Se vuelven, se vuelven, se vuelven, se vuelven, ya se han vuelto.

Nos volvemos, dijo también su padre, y aunque él había nacido en Toulouse, y su mujer en Nimes, no podría haber utilizado otro verbo, decirlo de otra manera. (34-35)

Esta decisión que, aparentemente anula el efecto devastador del primer destierro, en realidad provoca un segundo exilio. En este caso, el de los nietos, concretamente, el de Raquel:

Su hermano Mateo era todavía tan pequeño que nunca tendría recuerdos de París, pero ella había cumplido ya seis años, y empezó a echarlo todo de menos antes de tiempo.

-Pero, vamos a ver..., ¿Por qué no te quieres ir? ... Ya verás lo bien que vais a estar en Madrid, y por el colegio no te preocupes. ¿No te acuerdas de cómo lloraste cuando te conté que ya no ibas a volver a mi guardería? ¿Y qué? Pues nada. Encontraste a Mademoiselle Françoise, que era tan simpática, y enseguida hiciste un montón de amigos. Pues en España igual, o mejor, porque es tu país, nuestro país. Nosotros somos españoles, ya lo sabes. (35)

Allí es donde se opera la mayor fragmentación de la identidad de los hijos y nietos: en el supuesto “volver”. Hasta el momento en que se decide el regreso, se ven obligados a convivir entre dos culturas, pero siempre comprendiendo que una era la pública y otra, la privada; una la social y otra, la familiar. Callar el malestar por la diferencia se había vuelto rutina. En última instancia, sus abuelos habían impuesto a sus hijos y nietos el mismo silencio al que España los había condenado a ellos. Por ende, la rebeldía del hijo o del nieto ante el destierro físico –ya no solo social y psicológico- que implica “volver” para ellos, parece la respuesta más comprensible y esperable, pero la lógica nuevamente colapsa:

Yo no, estuvo a punto de responder ella, vosotros sí pero yo no, yo soy parisina, nací aquí y no me quiero ir, me da miedo irme, dejar a mis amigos, mi colegio, mi barrio, mi casa, el autobús, las calles, los programas de televisión. Eso pensó, y si se conformó con una queja más modesta no fue porque sus seis años no le consintieran formular sus sentimientos con precisión, sino porque ya sabía, siempre había sabido, que en aquella casa estaba prohibido decir eso en voz alta. (35)

El miedo, el silencio, la resignación ante la adversidad son cuestiones claramente hereditarias. Nuevamente, la memoria trae el eco de las palabras de Ortega y Gasset: “el hombre es un heredero, no un mero descendiente”. El empeño en conservar la hispanidad hasta los límites más insostenibles tiene, sin embargo, éxito. Los hijos y los nietos del exilio “volverán” a España. A pesar del hastío, de la tediosa omnipresencia de esa dimensión vacante en sus vidas, volverán:

Estoy hasta los cojones de la guerra civil, decía su padre, y lo decía cantando, usando cualquier musiquilla de las que se entonan en las excursiones, y su madre se echaba a reír para añadir el segundo verso, y de la valentía de los rojos españoles, chimpún... Así volvían a casa los domingos, después de la paella de la abuela Anita, muertos de risa, y sin embargo, él ya estaba en España, ella haciendo las maletas, y Raquel recibiendo la misma respuesta a todas sus preguntas, pues porque sí, porque nosotros somos españoles. (38)

La rabia... Como si lo fuera, la imposibilidad de festejar el verdadero regreso, un retorno digno, signado por el sentimiento de la victoria, se cierne sobre los exiliados. Muere Franco, pero no logran sentirse del todo felices por ello. El corazón, lejos de haberseles helado, está preso de una fiebre incurable:

Porque somos españoles y los españoles nunca podemos ser felices del todo... muerto el perro, se acabó la rabia, y... sin embargo tenían la rabia dentro, tan agarrada al corazón que, mientras se obligaban a parecer felices, ya sabían que iban a morir antes que ella. (41)

La deuda no saldada, la justicia no compuesta, el decadente fluir de los acontecimientos sin que la voluntad revolucionaria mediara. Volver a un país que los ha expulsado, pero que no los reclama; que los ha privado de su identidad, de su sentido de pertenencia, pero que no les ofrece recuperarlos. Un deslizarse en silencio, entrando no por la puerta que se les había cerrado, sino por un intersticio fortuito, minúsculo, intrascendente, cruel limosna de la Naturaleza:

Vamos a brindar, decían, porque somos de un país de hijos de puta, un país de cobardes, de miserables, de estómagos agradecidos, un país de mierda, él había escuchado todo eso y no había

derramado ni una sola lágrima. Porque en cuarenta años no hemos sido capaces de matarlo, vamos a brindar... (45)

Es el amargo sabor de una victoria desleída, de un sacrificio hecho “para nada” (44), como dirá Ignacio a su nieta, o bien, para perpetuar la rabia generación tras generación, y para evitar el exorcismo de ese sentimiento de desarraigo que no parece abandonarlos ni siquiera con el regreso.

Las ciudades se vuelven escenarios de batalla. Por una parte, conservan la memoria del pasado perdido, pero por otra, denuncian su pérdida con los notables cambios que han sufrido a raíz del paso del tiempo:

Pero, bueno, cómo está esto, si lo han destrozado... Mira, Raquel, cuando yo vivía aquí, este paseo estaba lleno de palacetes como ése, ¿ves?, algunos cayeron con los bombardeos, porque nos bombardeaban todos los días, ¿sabes? Pero yo no sé qué pasaría después, porque... ¿Y ves ese edificio tan grande de la izquierda? Es la Biblioteca Nacional, esto sí que está igual... (75)

Las ciudades tienen historia, le enseñará Ignacio a su nieta, y “pueden ser algo más que un conjunto de calles con casas donde vive la gente” (75) Los lugares no se miden por sus dimensiones o por su belleza expuesta, sino por los momentos vividos en ellos. Por ello, ante la queja de Raquel al llevarla a un rincón desangelado de la ciudad, el abuelo responde: “Sí... Pero éste fue el último sitio de Madrid donde estuve antes de marcharme. De aquí me fui y aquí quería volver... -entonces se volvió hacia su mujer, acercó la cabeza a la suya, bajó la voz-. Aquí fue donde... (75).

Los lugares, así como los ritos sociales, o los pequeños detalles de la vida cotidiana, configuran el mapa de recorridos del exiliado, delimitan los trazos de su identidad, intentan convocarla para que se recupere y no vuelva a borrarse. Las berenjenas para la abuela Anita, las sardinas asadas y la música para la abuela Rafaela; el vermú de grifo para Ignacio... En definitiva, la multitud infinita de pequeños detalles que aseguran que es ése y no otro, su lugar en el mundo: “... el abuelo Aurelio había echado de menos el mar... un pedacito concreto de mar, un pañuelo de agua andaluz y pequeño, familiar y privado, que se pudiera divisar a la sombra de una parra, en el patio de una casa propia... Raquel lo sabía...” (77).

El paraíso perdido de los padres, añorado, se vuelve una sensación especular con sus hijos y sus nietos, que la preservan en el tiempo y en el espacio. Raquel “sabe” el exilio, lo ha vivido desde su infancia y no la

abandonará jamás. Ignacio no solo le heredará la hispanidad, sino también su desarraigo, su miedo y su memoria:

Tenía miedo. Miedo de no pertenecer ya a la ciudad, al país al que seguía perteneciendo su memoria, miedo de no reconocerse en los espejos de su infancia, de su juventud, miedo de haberse adentrado para siempre en el laberinto turbio y sin solución de los ciudadanos provisionales de ninguna parte. (84-85)

Raquel aprendería a mirar la ciudad a través de los ojos de su abuelo, recorrería sus calles con una vaga sensación de estar recordándolas, pisándolas por segunda vez. Como una suerte de *déjà vu*... Se convierte, de alguna forma, en la garante de la memoria de la familia.

Es probable que esta idea fuera la que impulsara a Ignacio a llevar a su nieta aquella tarde, a la casa de Julio Carrión. El parecido físico que Álvaro notara en Raquel cuando la viera en el entierro de su padre halla su explicación en el recuerdo de esa visita que conserva ella, la nieta del exilio, pero que ha sido borrado de la memoria de él, el hijo de la traición de los vencedores.

Muchas veces la había llevado a pasear por Madrid, pero ese día fue distinto:

-Que donde vamos a ir hoy, abuelo...

-Hoy vamos a ir de visita –dijo él, y le sonrió con su sonrisa de antes, la sonrisa de París, tan parecida a una máscara, una mentira piadosa con los demás, pero implacable consigo mismo. (86)

El abuelo se vistió de traje, en lugar de la camisa y el jersey de siempre, y sacó de un cajón del escritorio que siempre estaba cerrado con llave, una cartera de piel castaña. En esa misma cartera hallaría Raquel la explicación de la traición de Julio Carrión a la familia Fernández muchos años después. Por el momento, solo se enteraría de que la madre de Angélica, la esposa de Julio, y su abuelo eran primos y que, en consecuencia, ella y Álvaro eran parientes lejanos. Más tarde sabría toda la verdad.

Una historia de engaños, traiciones y odios familiares con proyecciones sociales. La lucha entre las familias Fernández y Carrión hallarán su correspondencia entre republicanos y franquistas. Es la historia de España...

Almudena Grandes apuesta por la verdad y la memoria en un intento por exorcizar el hechizo que ha dominado la historia de su país, pero, como dijera Ray Loriga, “La memoria es el perro más estúpido, le tiras un palo y te trae cualquier cosa”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

CÁCERES, Germán. “*El corazón helado* de Almudena Grandes”. *La máquina de escribir*. Web. 14 de abr.

2011. <http://lamaqdeescribir.blogspot.com/2009/04/libros-el-corazon-helado-de-almudena.html>

COLINA, José de la, 2003, “Historias de pasaporte”, *Letras Libres*. Web. 12 abr. 2011.

<http://www.letraslibres.com/index.php?art=8962>.

-----, 2003, “La palabra exilio”, *Letras Libres*. Web. 12 abr. 2011.

<http://www.letraslibres.com/index.php?art=8807>.

-----, 2000, “Retrato de familia en España”, *Letras Libres*. Web. 12 abr. 2011.

<http://www.letraslibres.com/index.php?art=6432>.

FRIERA, Silvina. “España tiene deudas con el exilio”. *Página 12*. Web. 8 may. 2008.

<http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/4-9996-2008-05-08.html>

GRANDES, Almudena. *El corazón helado*. Barcelona: Tusquets, 2007. Impreso.

-----, Almudena. <http://www.almudenagrandes.com/>

GUILLÉN, Claudio. *El sol de los desterrados: Literatura y exilio*. Barcelona: Quaderns Crema, 1995. Impreso.

LORIGA, RAY. *Tokio ya no nos quiere*. Barcelona: Plaza & Janés, 1999. Impreso.

MACHADO, Antonio. *Poesías Completas*. Buenos Aires: Espasa Calpe, 1993.